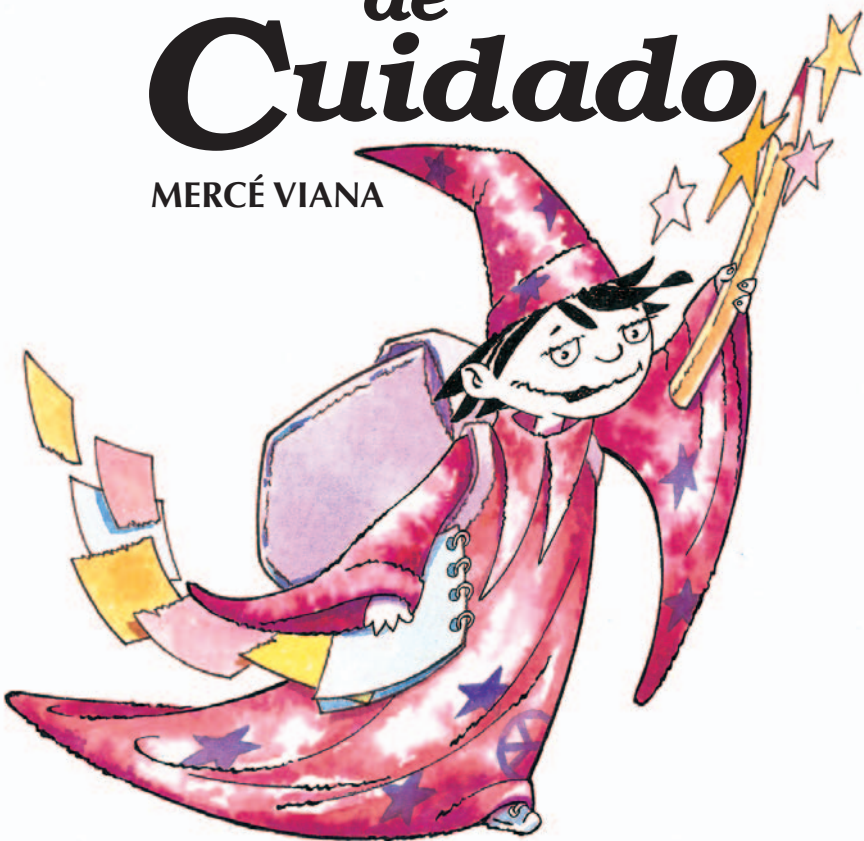


Un mago de Cuidado

MERCÉ VIANA



Sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático. Podrán emplearse citas literales siempre que se mencione su procedencia.



Ilustración
Felip Baldó

Diseño
Alfonso Méndez Publicidad

Impresión
Brosmac, S.L.

Depósito Legal:

ISBN: 978-84-89655-12-6

© Mercé Viana

© de la edición en castellano

DYLAR ediciones

Tel.: 902 44 44 13

e-mail: dylar@dylar.es

www.dylar.es



**Un mago
de
Cuidado**

MERCÉ VIANA

Mercé Viana



¿Conoces a la autora?

Nació en Alfafar, Valencia, y se siente mediterránea hasta el fondo. Trabaja compaginando la formación de los profesores con su vocación de escritora.

Ha dirigido una revista pedagógica valenciana y también ha colaborado en la creación de libros de texto.

Con todo, la creación literaria (cuentos y poesía) es su verdadera pasión. Ha publicado libros tanto en lengua castellana como en valenciana, obteniendo varios premios de narrativa infantil y juvenil. Entre sus cuentos podemos destacar *Una excursió amb pirates*, *Un globus i mil forats* o *La princesa que no sabia jugar*.

Rellena tu ficha



Mercé Viana es de
y además de escribir se dedica
a
..... También
ha colaborado en la redacción
de

¿En qué dos lenguas ha escrito
y publicado sus cuentos?

.....
.....

¿Cuál es el otro género literario
por el que Mercé siente afición?

.....

Otro de sus cuentos se titula

.....
.....



Nace una gran ciudad

Cuentan que hace muchos, pero que muchísimos años, ocurrió algo muy curioso: todos los magos del mundo decidieron construir una ciudad para vivir juntos. Esta ciudad se llamó «Muchosmagos».

Es posible que os extrañéis un poco. Ya sé que no es muy corriente encontrarse con una ciudad habitada únicamente por magos, pero no os preocupéis, que sin más tardar me dispongo a contaros cómo ocurrió todo.

Se dice que en una época muy lejana, más lejana todavía, los magos vivían repartidos en distintos lugares del mundo: que si uno por aquí, que si



otro por allá, que si éste en los Pirineos, que si el otro en una isla...

Naturalmente, vosotros estaréis pensando que eso no tiene importancia, ¿verdad? Sin embargo, algo que en apariencia puede verse como normal, para los magos se convirtió, cada vez que tenían que reunirse, en un problema serio. Y es que tenéis que saber que, tradicionalmente, los magos han seguido la costumbre de reunirse una vez al mes, con la finalidad no sólo de intercambiarse las fórmulas que iban inventando, sino también para comunicarse sus últimas experiencias.

¿Os imagináis ahora la gravedad del problema? Como resulta que en aquellos tiempos de Maricastaña no existían los medios de comunicación tan rápidos como los que ahora tenemos a nuestro alcance, los pobres magos se pasaban la vida viajando. Como consecuencia, a estos inventores natos apenas si les quedaba tiempo para inventar alguna cosilla sin importancia y, por supuesto, sus únicas experiencias

quedaban reducidas a las anécdotas de sus viajes.

Y así fue como en una de sus asambleas mensuales los magos, cansadísimos y tristísimos, se encontraron con la sorpresa de que nadie tenía nada nuevo que comunicar, ni grandes fórmulas mágicas, ni tampoco modestas fórmulas de ir por casa. El mago Sinfuroso, el más anciano de todos, con la lengua fuera del sitio y haciendo enormes esfuerzos para respirar, debido a la gran caminata que había hecho, dijo, no sin dificultades, a todos los magos presentes:

—¡Magos de todo el mundo —¡ay!— esto no puede ser. No podemos —¡ay!— continuar de este modo. En lugar de magos —¡ay!— parecemos los correccaminos. Debemos buscar —¡ay!— una solución. Tengo los pies deshechos de tanto andar y andar —¡ay!—. Si no somos capaces de encontrarla, yo os anuncio —¡ay!— que no podré volver a reunirme con nadie. Y ahora, con vuestro permiso, voy a poner mis viejos y cansados pies dentro de esta palangana de agua

calentita con sal. ¡Qué alivio!

Los otros magos, que en el fondo estaban pensando lo mismo, gritaron a la vez:

—¡Es verdad! ¡Tiene razón! ¡Busquemos una solución!

En aquel momento, el mago Conforoso, que también era un anciano, pero no tanto, levantó la mano para pedir la palabra y dijo:

—¡Ya lo tengo! ¡Ya está! ¿Por qué no construimos una bonita ciudad? Viviremos todos juntos, conseguiremos inventar y hasta podremos descansar...

Todos los presentes acogieron la idea con interés e, inmediatamente, la hicieron suya. Acto seguido comenzaron a discutir sobre el interior y exterior de las casas, sobre el tipo de jardines, cómo serían las calles y sobre todo aquello que podría constituir una ciudad.

De pronto, una maga que casi nunca intervenía, gritó:

—¡Silencio! No debemos precipitarnos. Todos sabemos que las cosas hay que pensarlas bien pensadas. Lo primero que hemos de hacer es ponernos de acuerdo en el tipo de ciudad que queremos y buscar un lugar agradable para todos.

—¡Sí, sí. Es verdad! —contestaron los magos, un poco agitados.

Enseguida, todos y cada uno de ellos expusieron cómo les gustaría que fuese la futura ciudad y llegaron a la conclusión que la ciudad de los magos tendría las siguientes características:

1. Su emplazamiento se haría en medio de un valle, a la orilla de un río y cerca de las montañas, ya que entre el grupo, había muchos magos que les gustaba hacer alpinismo.

2. El lugar debería gozar de unas temperaturas equilibradas, ni mucho frío durante el invierno, ni mucho calor durante el verano.

3. A su alrededor debería disponer de suficientes tierras de cultivo para que

todos pudieran trabajar y que nunca les faltasen los alimentos necesarios.

Una vez fijados estos primeros criterios, una representación del colectivo maguil se encaminó hacia la casa de la bruja Yalosabía con la intención de que les ayudase a encontrar el lugar que tanto deseaban. La bruja, contenta de poder ayudarles, se puso ante su hermosa bola mágica de cristal de Murano, lanzó las palabras que sólo ella conocía y esperó unos minutos hasta que ¡zas! la bola empezó a cambiar de color, primero y, a continuación, comenzaron a verse, como si de una película se tratase, un montón de paisajes que aparecían y desaparecían con la velocidad de un rayo hasta que, al fin, quedó fija una imagen. Yalosabía, tosió tres veces con voz solemne y, dirigiéndose a los magos, dijo:

—¡Queridos colegas! Consultada mi poderosa, inigualable y mágica bola de cristal, considero, sin temor a equivocarme, que el lugar que vosotros an-

dáis buscando no es otro que el «Valle de Tierrahermosa».

Contentísimos, los magos le dieron las gracias a la bruja, prometiéndole unas vacaciones pagadas cuando la ciudad estuviese construida y volvieron, de nuevo, al lugar de la asamblea, donde el resto de sus compañeros y compañeras les estaban esperando muy nerviosos.

Con la información en el bolsillo, cogieron un mapa y comenzaron a buscar el valle. Una vez lo hubieron encontrado, decidieron volver cada uno



a sus casas, para recoger todas sus cosas y encontrarse, un día determinado, en la tierra que iba a ser su tierra para comenzar a construir la que sería en breve tiempo su bella ciudad.

La verdad es que, a pesar de no tener a ningún mago-arquitecto entre ellos, consiguieron hacer una ciudad muy chula. Las viviendas sólo tenían una planta y las pintaron de diferentes colores: azul, rojo, verde, amarillo... Cada una de ellas tenía, también, un pequeño jardín donde los magos plantarían, más tarde, flores de especies variadas.



Terminada la ciudad, los magos y las magas se reunieron en la Plaza Mayor y decidieron poner, a su entrada, una gran pancarta con el objeto de informar, a los posibles visitantes, de sus leyes, de las cosas que más valoraban.

Y escribieron lo siguiente:

«HOMBRES, MUJERES, NIÑAS Y NIÑOS DE TODOS LOS MUNDOS: OS ENCONTRÁIS EN UNA TIERRA MUY QUERIDA POR LOS QUE LA HABITAN. AMADLA TAMBIÉN VOSOTROS. NUESTRAS LEYES SON MUY SENCILLAS:

–*Nadie hará más ruido del necesario.*

–*Hay que vivir con alegría.*

–*Jamás se pondrá una fábrica en el entorno inmediato de la ciudad.*

–*Todos los seres vivos de esta ciudad, personas, plantas y animales, deberán ser respetados.»*

Pusieron la pancarta en un sitio adecuado y, para celebrar la inauguración de su nueva ciudad, organizaron una gran fiesta donde la alegría, la gaseosa y las pipas abundaron de verdad.